

te no solo uno sino muchos. A mediados de julio de 1842 los de Strasburgo parecían radiantes de alegría. Era que dentro de poco iba á ir allí, desde las aguas de Plombières, la duquesa de Orleans acompañada de su esposo para presidir la instalacion de las diaconisas protestantes. Hablábase de darla el palacio edificado por los antiguos obispos de Strasburgo, y hasta corrió la voz de que iba á quitarse á los católicos la catedral para dársela á los protestantes. Estos últimos pues eran los que hacían alarde de su triunfo; pero un católico del pueblo les dijo: «No os fieis demasiado; pues mas tarde ó mas temprano vereis que el buen Dios es católico.» Efectivamente, el 13 de julio por la noche, una noticia telegráfica, cual si fuera un rayo, cambió el triunfo de los protestantes en luto y consternó aun á los mismos católicos. El duque de Orleans, yendo de París á Neuilly á despedirse de sus parientes, fué muerto en el camino de la *Revue*, al saltar de su carruaje, cuyos caballos se habían desbocado, y el día que estaba fijado para su entrada triunfal en Strasburgo fué el día de sus funerales en la catedral.

Mas de una vez, antes y despues de esta catástrofe, la Providencia preservó de una manera casi milagrosa á Luis Felipe y sus hijos de la muerte de que se vieron amenazados, ya por asesinos, ya por algunos accidentes, especialmente el 28 de julio de 1835, en el que durante una revista de la guardia nacional una máquina infernal mató once personas é hirió á veinte y dos, al lado del rey mismo, pero sin tocarle á este ni á sus hijos, que eran cabalmente las personas cuya muerte se propuso el asesino; y el 13 de julio de 1842, sin ninguna causa aparente desbocáronse los caballos en un momento y se detuvieron á algunos pasos del sitio en que el príncipe al tirarse del carruaje se había dislocado la espina dorsal y yacía como muerto. El padre, la madre, los herma-

nos y las hermanas acudieron al punto llenas de afliccion; llamóse á un sacerdote que en seguida se presentó; el príncipe parecía verlo todo y oirlo todo; pero no pudo responder una palabra: recibió los últimos sacramentos, y en fin, murió despues de cuatro horas de agonía. No hubo alma cristiana que fuese inaseisible á los dolores de esta familia, especialmente á vista de los sentimientos cristianos que manifestó en aquellos terribles momentos.

El carácter particular del gobierno de Luis Felipe fué una cierta habilidad para saber aprovecharse del momento y de la ocasion.

Así es que luego que fué designado rey de los franceses, al momento tuvo buen cuidado de legar sus bienes, que eran considerables, á sus hijos, excepto el primogénito. Muchas personas no comprendían el objeto de estas precauciones; ese objeto era el siguiente: Cuando un príncipe francés llegaba á ceñir la corona, sus bienes particulares se confundían con los de la corona ó del trono. Para evitar esta confusion, sin perder la corona, Luis Felipe legó prudentemente sus bienes á sus hijos, menos al mayor, la vispera de su coronacion oficial. Al mayor no le tocaba en ellos parte alguna, porque debiendo de suceder en el trono á sus padres, debían tambien confundirse sus bienes particulares con los del trono. La precaucion era por cierto muy hábil, si bien no era muy generosa ni verdaderamente régia.

El primer duque de Borbon, siendo ya viejo, legó la mayor parte de sus inmensas propiedades á un hijo de Luis Felipe, cuyo padrino era, y el resto á una criada inglesa de quien se había enamorado en su vejez y que hizo se casase con un baron francés, como si fuera su hija natural. En la noche del 26 al 27 de agosto de 1830 se encontró muerto al duque, ahogado por sí mismo ó por otro. Su capellan, el señor Pelier de la Cruz, ha publicado

una Memoria en la que se propone probar que el príncipe había sido asesinado. Su hermana, Luisa Adelaida de Borbon Condé, había muerto ya en 10 de marzo de 1824, siendo religiosa benedictina de la Adoracion perpétua del Santísimo Sacramento en el convento del Temple.

El espíritu del gobierno de Luis Felipe era el espíritu del mundo, tal como lo definía el pagano Tácito: *Corrumpi et corrumpere saeculum vocatur*. De ello se han visto indudables pruebas. A varios ministros, pares de Francia, se les convenció públicamente de haber robado, como unos bribones vulgares. Un par de Francia, y de antiguo renombre, fué convicto de haber degollado con una premeditacion atroz á la madre de sus hijos, su propia mujer, hija del general Sebastiani.

La parte eclesiástica de la córte tampoco estaba exenta de tachas. El presbítero Guillon, profesor de la Sorbona, era capellan y limosnero de la reina; mas á pesar de que había publicado una biblioteca de los PP. de la Iglesia, no por eso se había inspirado en el espíritu de estos, pues manifestó una servilidad poco comun. A pesar de las reglas de la Iglesia que debía de conocer, á pesar de la prohibicion del arzobispo de París, de la que ciertamente tenía noticia, se permitió administrar los últimos Sacramentos á un herege obstinado, al abate Gregoire, obispo cismático de Lois-et-Cher, que murió impenitente el 28 de abril de 1831. El presbítero Guillon reconoció mas tarde su falta, falta que la opinion pública le echó en cara severamente, pues habiendo sido nombrado para el obispado de Beauvais, se levantó contra él una reclamacion tan general, que tuvo que renunciar á su nombramiento. Ahora bien; cuando el capellan, el limosnero, el consejero eclesiástico de la córte, tiene ideas tan confusas acerca de la autoridad de la Iglesia, no es de

extrañar que la córte misma no las tenga mas sanas.

Semejantes acontecimientos podían ser mirados como avisos del cielo; pero no se paró en ellos toda la atencion que parece reclamaban. Cuando la recepcion de las autoridades de la capital en los días del rey en 1846, atrevióse el arzobispo de París á decir en su discurso al rey que *la Iglesia reclamaba libertad y no proteccion*. Choqué á Luis Felipe esta libertad episcopal, y no quiso que este discurso se imprimiese en el *Monitor*, como se imprimieron los otros. Cuando al año siguiente (1847) llegó la recepcion del día de año nuevo, el arzobispo previno á la reina, que si bien él iria á ofrecer sus respetos al rey, no estaba en ánimo de dirigirla un discurso, para no esponerse de nuevo á un desaire como en los días del rey. La reina, esperando conciliarlo todo, dispuso una entrevista entre el rey y el arzobispo, entrevista de que el arzobispo dió cuenta á un amigo suyo en estos términos: «El rey me recibió en su salon, y segun su costumbre me llevó aparte al hueco de una ventana, donde me mandó sentar y él se sentó. Allí estuvimos algun tiempo mirándonos sin hablar palabra. Al fin rompí yo el silencio, y dije: «habiendo sabido que el rey deseaba hablarme, me he apresurado á concurrir á su invitacion.»—«Yo, contestó el rey, nada tengo que decir; quien me han dicho queria hablarme erais vos; así, pues, podeis hablar, que estoy pronto á escucharos.»—«Pues bien, el rey debe de saber ya el objeto de mi visita: como yo no quiero esponerme otra vez al desaire que se me hizo cuando la recepcion pasada, me propongo venir á ofrecer mis respetos y mis felicitaciones al frente de mi clero, pero no pronunciaré discurso.»—«¡Ah! ya veo, este es un nuevo ataque que dirigis contra mí; yo creia estaban ya terminadas todas nuestras dis-

cusiones; mas por lo visto quereis comenzarlas de nuevo. Si yo impedí que se publicase vuestro discurso, fué porque en él os permitisteis dar consejos inconvenientes.» — «El rey me perdonará; pero ni mis intenciones ni mis palabras podian tener ese sentido; pedir libertad y no proteccion es quizá la peticion mas moderada que la Iglesia puede hacer.» — «Pues yo no lo entiendo así.... con vuestras peticiones y vuestros periódicos sembrais en todas partes la turbacion...» — Y pasando en seguida á otra cosa, me dijo: «Así, por ejemplo, yo sé que hace poco habeis reunido un concilio en San German.» — «No es un concilio lo que hemos reunido; lo que hay es que vinieron á verme varios obispos, sufragáneos y amigos míos, y con este motivo hemos tratado de diferentes puntos de disciplina eclesiástica.» — «Eh! bien decia yo que habiais formado un concilio; pues sabed que no teneis derecho para ello.» — Hasta entonces, referia el arzobispo, habia respondido al rey con mucha deferencia y evitando casi hasta el mirarle; pero al oír esas palabras levanté los ojos, y fijándolos en los suyos, le dije con firmeza: «Disimuladme, señor; pero tenemos derecho para ello, porque la Iglesia ha tenido siempre el derecho de reunir sus obispos para arreglar lo que pudiera ser útil á sus diócesis.» — «Esas son vuestras pretensiones; pero yo me opondré á ellas; por otra parte se me ha dicho tambien que habeis enviado un embajador al Papa, y hasta sé que ha sido para pedirle indulto de poder comer de carne los sábados.» — «Es verdad, señor, que hemos enviado un eclesiástico á que pida varias cosas al Papa; pero todos los fieles tienen derecho para ello, y por consiguiente y con mayor razon los obispos.» — «Y qué mas le habeis pedido? Quiero saberlo.» — «Si esto fuera un secreto mio solamente, en seguida se lo diria al rey; pero

no es solo un secreto mio, sino tambien de mis colegas, y así no puedo decirselo al rey...» — Al oír estas palabras, levantóse bruscamente el rey, cuyos ojos centelleaban de ira, y agarrándome del brazo, me dijo: «Arzobispo, acordaos que se ha roto mas de una mitra....» — Yo me levanté tambien y le dije: «Es verdad, señor; pero Dios conserve la corona del rey, porque tambien se han visto rotas algunas coronas.» — Tal ha sido mi última audiencia con Luis Felipe. A los dos dias me presenté con mi clero á la audiencia, le cumplimenté de palabra deseándole buena salud; y despues con mis palabras se formó un discurso bastante largo y se insertó en el *Monitor* como si yo le hubiese pronunciado.»

Por esta relacion del arzobispo, Sr. Affre, publicada en los *Anales de Filosofia cristiana* (1), se vé confirmada la idea de que la politica de los Orleans como la de los Borbones y de Bonaparte, y generalmente de todos los gobiernos modernos, para con la Iglesia de Dios, es la de tenerla en la esclavitud en beneficio de su dinastía. Ya vimos caer á Bonaparte y á los Borbones; ahora vamos á ver la caída de los Orleans.

En febrero de 1848 encontrábase esta familia en el colmo de la prosperidad: Luis Felipe admitido en el rango de los primeros soberanos de Europa, sus hijos establecidos convenientemente, terminada la guerra de África con la sumision del jefe de los árabes, ejércitos numerosos y fieles, la mayoría de una y otra Cámara sinceramente adicta, un año abundante que sucedia á otro de escasez; nada parecia faltar, solo se temia una cosa, la muerte del rey seguida de

(1) Número 103, perteneciente al mes de julio de 1848.

una regencia. No muere el rey; pero con ocasion de un banquete ocurre una revolucion completa que nadie habia previsto, y la dinastía de Orleans se ve espulsada tan de improviso que ni siquiera tiene tiempo de proveerse de ropa y demas necesario para el viage. El eco de esta revolucion conmovió por sí solo á todos los reyes y pueblos de Europa; los cuales ven con asombro que las bases de todos los imperios, de todos los reinos, de todas las repúblicas, de todas las familias, y de todas las propiedades, se encuentran minadas, carcomidas, calcinadas, reducidas á polvo, y reemplazadas por un volcan que de un momento á otro amenaza sumir á todas las sociedades humanas en un comun incendio. Pueblos y reyes se turban, se renunen, se chocan y se esfuerzan por sostener el mundo que se derrumba con constituciones y leyes de papel. Solo la Iglesia de Dios, edificada sobre la piedra, aparece tranquila y confiada, con su santa gerarquía de pueblos unidos y sumisos á sus sacerdotes, de sacerdotes unidos y sumisos á sus obispos, de obispos unidos y sumisos al Vicario de Jesucristo, de Jesucristo que está con ella todos los dias hasta la consumacion de los siglos y que ha dado su palabra de que «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

De 1848 á 1852.

LA IGLESIA Y EL MUNDO EN LA MITAD DEL SIGLO XIX.

La Iglesia católica es el reino de Dios sobre la tierra, para agregar á él en el tiempo á los hombres de buena voluntad y formar con ellos una sociedad eternamente bienaventurada con Dios y sus fieles ángeles en el cielo. El mundo es el reino de Satanás sobre la tierra, donde recluta hombres que se le ase-

mejan, para formar con ellos una sociedad eternamente desgraciada con sus ángeles infieles en el infierno. Hasta un pagano, Tacito, dejó escrito: «Corromper y dejarse corromper, hē ahí lo que se llama mundo:» *Corrumpti, et corrumpere saeculum vocatur*; por consiguiente lo opuesto, que se llama Iglesia, es santificarse á sí mismo y santificar á los demas.

Hemos visto la serie é historia de estos dos reinos, desde su origen hasta nuestros dias. Hemos visto al Dios vivo y verdadero, al Dios del cielo y de la tierra, hacer que el mundo mismo con el príncipe de este mundo y el Dios de este siglo sirviesen á los desig-nios de su bondad, de su misericordia y de su justicia. Hemos visto á los cuatro grandes imperios del hombre, en que Satanás se hacia adorar en los ídolos, servir de preparacion material al imperio de Dios. Roma pagana se convierte en Roma cristiana, el príncipe de este mundo es arrojado fuera. Ya no se vé en ella el trono sanguinario de los Césares idólatras é idolatrados; sino el trono pacífico del Salvador de los hombres, la cruz desde cuya cumbre atrae á sí todas las cosas; sino el trono ó la Silla de su vicario el príncipe de los apóstoles, el bienaventurado Pedro, á quien el Pastor supremo dijo: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas;» Pedro que vive y preside siempre en sus sucesores para estar continuamente comunicando á sus hermanos los obispos la potestad de regir las almas y estar así predicando continuamente á todas las naciones de la tierra las enseñanzas saludables de la verdad y de la caridad, con la promesa del Señor de estar con ellos todos los dias hasta la consumacion de los siglos.

La tierra entera, con sus continentes y sus islas, sus naciones y sus diversos pueblos, no es mas que una gran familia presidida por su padre ó Papa, que es el vicario de Cristo,